

LA PENA NEGRA



JUNTA DE ANDALUCÍA

Consejera de Cultura y Patrimonio Histórico:

Patricia del Pozo Fernández

Viceconsejero:

Alejandro Romero Romero

Secretario general de Innovación Cultural y Museos:

Fernando Francés García

Delegada Territorial de Fomento, Infraestructuras, Ordenación del Territorio, Cultura y Patrimonio Histórico en Almería:

Eloísa María Cabrera Carmona

•••

PROGRAMA INICIARTE

Agencia Andaluza de Instituciones Culturales

Comisión de Valoración de Proyectos:

Francisco Fernández Cervantes, Belén Mazuecos, Juan Carlos Robles (IAC),
María Arjonilla, Rafael Doctor, Tete Álvarez (UAVA) y Eva González Lezcano

•••

EXPOSICIÓN

Centro Andaluz de la Fotografía: Rafael Doctor Roncero

•••

PRODUCCIÓN

Agencia Andaluza de Instituciones Culturales:

Almudena Bocanegra Jiménez, Francisco Fernández Cervantes,
Eva González Lezcano, Isabel Villanueva Romero

•••

CATÁLOGO

Edición: JUNTA DE ANDALUCÍA.

Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

Texto: Abraham Gragera

Fotografías: Virginia Rota

Diseño y maquetación: María Peinado Florido

Producción: Agencia Andaluza de Instituciones Culturales

Imprime: Omán Artes Gráficas S.L.

•••

© de los textos: sus autores

© de la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA.

Consejería de Cultura y Patrimonio Histórico

© de las reproducciones: sus autores

•••

ISBN: 978-84-9959-325-8 SE: 347-2019

•••

Este proyecto no hubiera sido posible sin la inestimable
compañía de José Andrés López Morales.

PRESENTACIÓN

EL LUTO es una conjura contra el olvido. Una señal de recuerdo. El último testimonio del amor o del dolor. Así puede verse en las mujeres y los hombres que, aún hoy, visten de negro riguroso por el fallecimiento de un familiar próximo en las calles de Andalucía y del resto de España.

El proyecto *La pena negra* de Virginia Rota indaga sobre el origen, la evolución y la progresiva desaparición de la tradición del «luto». A través de entrevistas y registros fotográficos realizados por toda la Península, realiza un retrato actualizado de lo que queda de este ritual de despedida.

El programa Iniciararte, del que forma parte este trabajo, apuesta por la creación contemporánea joven andaluza, siendo uno de sus objetivos principales la visibilidad de proyectos de índole crítico e investigador. Esta fórmula permite la estimulación de los vínculos entre el arte actual y la sociedad contemporánea.

Patricia del Pozo Fernández

CONSEJERA DE CULTURA Y PATRIMONIO
HISTÓRICO. JUNTA DE ANDALUCÍA

Virginia Rota
LA PENA NEGRA



TEXTO DE
ABRAHAM GRAGERA



Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO

INICIARTE

EPIFANÍA DE LA SOMBRA

Abraham Gragera

Y el ángel dijo entonces: te enseñaré qué pintan ahora los maestros antiguos. Y me llevó a otra sala, y me mostró un paisaje: una laguna de aguas verdiazules, con huellas de un naufragio, y una multitud en cada orilla.

Quiénes son, pregunté, por qué lloran.

Los que nacieron en el siglo de la muerte de la muerte, respondió; los que ya nunca podrán cruzar al otro lado.

ESTE POEMA forma parte de mi segundo libro, *El tiempo menos solo*, publicado en 2012. Se titula *Laguna* y recrea o, mejor dicho, actualiza un viejo mito: el del barquero Caronte, encargado de transportar en su barca, a través de la laguna Estigia, las almas de los muertos al inframundo. Para que el muerto pudiera hacer ese viaje, para que su alma no se quedara perdida en un lugar ajeno al orden del cosmos, se le ponía una moneda de poco valor (un óbolo) bajo la lengua o sobre los párpados. Ese óbolo era el precio simbólico de la travesía, el sueldo de Caronte.

Los pintores de antaño (los maestros antiguos a los que alude el poema) representaban los mitos respetando las reglas de la mimesis, es decir, siendo escrupulosos con la tradición, pero dotándolos al mismo tiempo de algún matiz formal nuevo. Solo los espectadores apresurados, que tanto abundan hoy en día, tienen la impresión contraria, la de que todos los artistas de antes pintaban siempre lo mismo, sometidos a la tiranía de las escuelas y las herencias, aplastados por la represión.

Este poema es también un cuadro pintado con trazos precisos y sobrios, a la manera clásica, pero su diferencia con respecto a otras versiones del mito no radica en un matiz, en una variable formal, sino en una transgresión ontológica, en un alumbramiento de la otra cara del mito, de su propia muerte, ya que lo que en él se representa es el naufragio de Caronte, el mensajero, el intermediario y, por lo tanto, la imposibilidad de que las almas se reúnan con sus antepasados, su desaparición en la nada, la ruptura del vínculo que ha unido siempre a los vivos con sus muertos.

Somos nosotros, nuestra cultura, nuestra civilización, los que nacimos en la era de la muerte de la muerte, puesto que nuestra religión humanista ha terminado, o terminará, por romper los puentes entre los distintos planos de la existencia y nos ha despojado, o acabará por despojarnos, de nuestras dimensiones metafísicas. La ciencia nos promete la inmortalidad y la eterna juventud mediante las continuas revoluciones

tecnológicas. Nos promete un paraíso, aunque solo para una élite, para los que puedan pagarlo, a costa del sufrimiento y la irrelevancia de millones de semejantes y de otras criaturas. Nosotros, mientras tanto, seguimos fielmente los dictados del individualismo humanista en su versión neoliberal, obsesionados con nuestras existencias particulares, con escapar de la enfermedad y de la vejez haciendo deporte, comiendo productos de primera calidad y, sobre todo, huyendo de cualquier cosa que nos recuerde la fealdad de la vida, su caducidad, su deterioro, nuestra fragilidad, en suma, mediante el culto a la voluntad y el emprendimiento, una práctica que engendra, entre otras cosas, eufemismos grandilocuentes y tristes como «perder la batalla contra el cáncer». Así, haciendo oídos sordos a la voz del tiempo, intentamos eludir la enorme soledad, la orfandad que nos provoca nuestra desconexión con la comunidad de los muertos, en primer lugar, y con la de los vivos, en consecuencia.

Lo diré de otro modo: vemos a los vivos como competidores y a los muertos como excedentes. Hemos ganado, o eso nos parece, la guerra contra la superstición y la ignorancia. Pero nuestra libertad, nuestra emancipación se ha cobrado un precio, el de nuestra identidad como especie. Basta comparar el punto de vista desde el que se retrataba hace poco más de un siglo, en los albores de la fotografía, a los muertos o a quienes les sobrevivían (pienso en August Sander), o las costumbres rurales, su oscuridad y violencia (pienso en Cristina

García Rodero) hace poco más de cuatro décadas; la naturalidad y la distancia con la que se fijaba en ambos casos un mundo del que uno deseaba escapar, porque encarnaba el atraso y la opresión, aunque compensados, en ambos casos también, por una austera dignidad, un sentimiento trágico. Basta comparar, decía, esos puntos de vista con el que tenemos hoy, magníficamente captado por el ojo de Virginia Rota en las fotografías que conforman *La pena negra*: esas mujeres y hombres que guardan el luto, que mantienen viva su relación con los muertos, que mantienen su dignidad y su sentimiento trágico intactos, pero que parecen, sin embargo, ejemplares insólitos, restos de lo que otrora fue una nación inmensa confinados en una reserva artificial. Nos hablan de su experiencia, de su dolor, de sus vínculos y costumbres, sí, pero nos hablan también del naufragio de Caronte, de una concepción de la vida que se desmorona sin que sepamos si hemos aprendido de ella lo necesario, lo que realmente importa.

Virginia Rota es una de esas raras artistas capaces de mostrarnos qué pintan hoy los maestros antiguos, y no solo porque la tradición de la que se nutre desde el punto de vista formal no se limite a la historia de la fotografía y se extienda también a la pintura del Renacimiento y Barroco; lo es, sobre todo, por su insistencia en la condición humana (su obra se compone casi exclusivamente de retratos), su profundidad psicológica (inquietante, de una lucidez que hiera) y la

sobriedad de su particular realismo. Los modelos de Virginia Rota y el espacio en el que se engastan parecen una y la misma materia, una y la misma carne, donde confluyen lo físico y lo metafísico, lo individual y lo mitológico en una armonía delicada y al mismo tiempo contundente. La tradición pesa en la obra de Virginia, pero que nadie se llame a engaño, ni siquiera los espectadores apresurados que mencioné al principio: ella es una artista absolutamente contemporánea, capaz de darle una vuelta de tuerca radical a sus referentes sin perder el hilo de esa larga conversación que es, desde el principio de los tiempos, el arte; sin romper el vínculo entre las almas, las de los que viven y las de los que vivieron.

Decía la gran poeta rusa Marina Tsvietáieva que ser contemporáneo es crear el propio tiempo y no reflejarlo, o reflejarlo, sí, pero no como un espejo, sino como un escudo. La obra de Virginia Rota no se complace en los clichés de la actualidad, no evita los abismos ni los misterios, no huye de la densidad ni celebra con frivolidad la pérdida, rasgos estos de lo que se suele entender como contemporáneo y que no es más que una ristra de banalidades apta para el consumo rápido. Estas fotografías son contemporáneas por muchas razones, pero sobre todo porque su autora detecta el pulso trágico que discurre, como un río subterráneo, bajo la superficie del «vasto mundo plástico, supermodelado y vacío», en palabras de Carlos Martínez Rivas. Y no solo

lo detecta, sino que lo revela, lo expone, lo saca a la luz con los atributos de Hades (el dios del inframundo en la mitología clásica): con violencia, pero también con hospitalidad y con ternura. En resumen: con justicia.

El artista y su modelo establecen siempre un juego de distancias. En la habilidad del creador para calibrar esas distancias mediante su sensibilidad, para captar lo que ve sin engañarse con sentimientos impostados o con astucias, reside el secreto de las verdaderas obras de arte. Cada artista verdadero posee no solo una visión del mundo, sino una mezcla genuina de aptitudes, un equilibrio intransferible entre sus diferentes cualidades. Virginia Rota accede a su verdad, que es también la nuestra, mediante una empatía y una intuición extraordinarias, pero también mediante un compromiso moral que no tolera los desbordamientos ni el exhibicionismo. Su mirada es tan exigente como acogedora. Su juicio es tan inapelable como compasivo. Su sabiduría es tan distante como intensa y apasionada. Todo esto no existe al margen de la estética, sino que es su estética: está en su gama de colores, al tiempo tenues y saturados, está en la sutileza con la que trata los planos y los encuadres, en su autoconciencia estilística cuando decide resaltar algún detalle a lo manierista para que contraste con la oscuridad e impersonalidad del fondo. Sus imágenes provocan en el espectador una sensación perturbadora, hecha de extrañeza y de reconocimiento: una especie de epifanía de la sombra.

No imagino a nadie más adecuado para abordar el luto con su arte que Virginia. A las características que acabo de enumerar hay que sumarle otra, fundamental: el trabajo de campo antropológico que lleva a cabo con sus modelos, un quehacer riguroso, exhaustivo, que la artista acomete sin prejuicios, sin ideas preconcebidas, sin proyectar su personalidad en el objeto. John Keats llamaba a esto «capacidad negativa», es decir, la facultad para colocarse en un lugar, un estado puramente receptivo, contemplativo; la habilidad para dejar entrar en uno las impresiones de la realidad sin pretender asirlas o adaptarlas a esquemas previos, para permitir que el mundo se decante en el interior de uno hasta que lo de fuera y lo de dentro se conviertan en un solo ser, un ser que fluye. Aunque este estado es, en algunos aspectos, similar al de cualquier disciplina espiritual, como la meditación, hay una diferencia esencial: la «capacidad negativa» no es una hija del espíritu, sino del alma. No busca escapar del sufrimiento reduciéndolo a lo que en verdad es, un engaño del yo, una identificación del yo con sus impresiones y sensaciones. Las obras del alma, como las del espíritu, son verticales, pero mientras que este último vuela, nos mira desde arriba, el alma se sumerge, se hunde, se adensa. Los elementos del espíritu son el fuego y el aire; los del alma, el agua y la tierra. El logos del espíritu es indecible; el del alma, como escribió Heráclito, es insondable. Las obras del espíritu tienen algo de épico, de heroico; las del alma están hechas

de paciencia (de padecimiento), de carne que se identifica y se funde con los rasgos de lo que contempla.

Estas fotografías no han sido reveladas únicamente sobre el papel, sino también sobre nuestras propias almas. Lo que vemos en ellas se remonta muy lejos, se sumerge en las profundidades del tiempo, va más allá de la historia sin dejar de pertenecer a su época, sin dejar de ser historia. Los testimonios de los modelos, su sabiduría hecha de humildad y de paciencia (la de quienes no pretenden estar por encima del dolor y de la muerte a costa de su dignidad como criaturas), su chocante sentido de la libertad individual (chocante solo para quienes han perdido la conexión con sus raíces, con la colectividad, para quienes, como las almas sin óbolo, vagan inaccesibles por un lugar ajeno al orden cósmico), su estremecedora conexión con la materia (esos minúsculos restos de piel y cabellos que el muerto ha dejado en la casa y que se niegan a barrer, o esa carne del plato que se niegan a comer porque la carne se compadece) y su conjura contra el olvido (el de los seres que amaron, porque olvidarlos es perder la identidad, y el de la muerte, porque olvidarla es morir antes de que mueran sus cuerpos) dan forma a estas imágenes portentosas que nos recuerdan la inabarcable complejidad de la vida humana, su exuberancia, su riqueza, sus dones.

El luto, tal como se nos muestra aquí, nada tiene que ver con el costumbrismo, sino con el folclore (esa

mezcla de celebración y sacrificio), con el ritual, con lo salvaje. Uno puede caer en la tentación, al contemplar estas fotografías, de distanciarse, de intelectualizarlas, de mirar por encima del hombro su actitud oferente. Tanta y tan ciega puede ser la ignorancia de quien cree que ha dejado de ser un ignorante. Pero lo cierto es que la fuerza de estos rostros, de estos espacios, es tan arrolladora que nos deja desnudos, que pulveriza nuestros prejuicios culturales. Cuando los vi reunidos por primera vez me vinieron a la memoria algunos versos elegíacos de grandes poetas clásicos, pero de inmediato caí en que esos grandes poetas clásicos y sus versos lapidarios eran demasiado pequeños para contener el torrente emotivo, irracional, del amor de estas personas por sus desaparecidos y su intimidad con ellos, su reticencia. Contemplé entonces con más atención sus rasgos hasta distinguir sus voces reales, esas con las que se hablan a sí mismos y dan cuenta de sus actos cotidianos a sus ausentes. Me asomé a su pena. Y sentí la calidez de la insondable oscuridad como una nana, una copla de nadie y de todos que dejo aquí, con gratitud y un respeto infinito, para ellos, para todos, para nadie:

*Al silencio de la noche
canto yo mi soledad.
Bien sé yo, compañerita,
que me vienes a escuchar.*

JOSEFINA

«Yo veo a mi hija tan joven, y ves a sus dos hijos tan chicos, e irse... *Pa* siempre. Así que fíjate tú. Por eso yo no me quitaré el luto nunca. Porque yo pienso en ella y digo no, no puedo quitarme el luto.

“¿Vas a estar *toa* la vida de dios con el luto?” Me dicen. Pues mira, pues sí. Porque yo soy una persona mayor, *pa* que me quiero quitar el luto. Yo no me pongo *na*, yo *vestía* de negro, siempre.»



PEPA

«A los doce años ya había que ponerle luto a los niños. Antes no, pero a los doce sí.

Cuando yo *ya* nací, ya había luto. Yo creo que la gente se lo ha puesto siempre por el disgusto que lo apacigua con el luto, *me* supongo. Tiene disgusto *pos se pone vestía* de negro y entonces tiene más disgusto todavía, pero bueno...Te ves *vestía* de negro y ves que te falta una persona.»



MARÍA

«Pienso... Y entonces no sé qué tiempo lo voy a tener porque yo nunca he sido partidaria del luto, y ahora me siento más a gusto conmigo misma si lo tengo puesto. Que no es por la gente, porque a mí jamás me ha importado lo que diga la gente, yo he respetado lo que ellos han hecho y siempre he hecho lo que yo he visto...

Es verdad que cuando *se me* ha muerto un familiar yo siempre para el entierro me he vestido de negro y ya está. Pero ahora lo necesito.»



PETRA

«Un luto bien puesto es una faldita bien larga, tu mandil, tu blusita, tus zapatillas, tus medias. Eso es un luto de respeto. Si te vas a poner unos pantalones de luto, una blusa... Eso no.

El hombre... Siempre se ha visto que el hombre es más libre, porque no puede aguantar lo que aguanta una mujer. Si se queda con hijos no es igual que una mujer. Yo me quedé con cinco hijos, con esta hija con tres meses, y les cuidaba a ellos y a la casa y a mi luto, y un hombre es diferente. El hombre a los tres o cuatro años se busca una compañera o se quita el luto, *eso es depende.*»



FRASQUITA

«Mira, mi madre se vistió de negro cuando la guerra que fue en el 36, murió con noventa y cuatro años *vestía* de negro. Que no fue porque a ella le mataran a nadie de la guerra, mi madre fue por lo que pasó. En general, por *toa* la gente que murieron. Y murió *vestía* de negro.

No se ponía el televisor por mucho tiempo. Ni radio, no se ponía. No se asomaban las personas a la calle. Las puertas *cerrá*. “Cierra, cierra”. La puerta *cerrá* siempre. La puerta de la calle que antes no había tanto alicatao ni *na*...Las paredes se caían. To lo que era pintura...Ahora es pintura pero antes era cal, lo que se daba. Se caía. Muchos años sin pintar la *fachá*. No la pintaban.»



RAFAELA

«La música está prohibida pero en tu casa. Ahora, la iglesia *tú vas...*»

Yo veo también una película. Lo que no veo es cante. Hombre, porque el cante ya trae alegría, no trae pena. Los cantes traen alegría, como una fiesta, no es...Ya lo estás rompiendo, ya *pa* qué quieres ir *vestía* así. «¿Por qué vas *vestía* de negro si vas oyendo música?»»



...YO Y MI CASA SERVIREMOS A



ANICA

«Hago de no bajar a parte ninguna, ni a procesión, ni a irme por ahí de juerga, ni a irme por ahí... a comer...Nada de eso.

Aquí estoy desde que mi *marío* murió, aquí estoy. Bajo algunas veces a hacer la compra *pa* comer, pero si no, no bajo. A la cruz, iba *entonces antes*, pero desde que murió mi *marío*, nada.»



ESTRELLA

«*Me murió* mi marido y un hijo en el mar y no me puse de negro. Van a hacer veintisiete años y aún sigo teniendo luto dentro, el de fuera es sólo que te pregunten quién se te ha muerto... Si no estás de negro no te preguntan.

Yo pienso que el luto es muy duro y muy fuerte, no le deseo a nadie, es muy duro y muy doloroso, que los nuestros estuvieron cuarenta y cinco días sin aparecer. No apareció nada. Es como algo *clavao*... Como si te hubieran *clavao* una lanza o un cuchillo, lo tienes ahí... suavizado, un poco más suelto, pero está siempre ahí. Mientras vivas. Y morirá contigo.»



ISABEL

«Los niños son intocables. No se pueden vestir de negro, porque se les cae la picha. Porque los machos han tenido siempre más derecho que nosotros. Son intocables.

Es machismo puro, más claro agua. Las mujeres se pueden vestir de negro de *pie* a cabeza, no volver a salir a divertirse. Y ellos después del entierro a los bares. Pasándotelo bien, haciendo lo que te gusta. Y las mujeres no. Eso es machismo puro y duro.»



MELUCA

«No *venía* bien que un niño estuviera cerca, como si el muerto irradiara algo. No sé por qué. Los niños empezaban a estar pálidos, había que llevarles a una meiga que supiera de responso para quitar el aire del *morto*.

Ya mayor, yo llevé el luto por mi abuela. No llevé el luto por mi padre, ni por mi madre, ni por mis hermanos, ni por mi marido, ni por mi hijo. Porque no se llevaba ya el luto.»



JUSTO Y ROSA

Justo: «Nada que sea blanco se puede tener. La leche no se puede beber. Cuando uno está de luto la leche no se puede *de* beber porque eso es blanco y el blanco es alegría.»

Rosa: «Carne no comemos, *pescao* sí. La carne es alegría. Porque la carne que se ha muerto ya es carne. Y pensamos... “¡ay dios mío que estamos comiendo...!” Es que me da frío... La carne... *Na* más *de* verla ya te impone.»



MARINA

«El pelo para la comunidad gitana significaba que somos viudas de esa manera. Te lo cortas *pa* saber que ya se te ha *acabao* todo. Ya no se *hace* esas cosas.

Cuando se muere la gente se quitan las cortinas, los muebles, la tele... Se pone la casa también como si estuviera de luto. Se tapan las teles.

No se pinta. Hasta que no pase un año... No haces *na*. Antes había muchísimas cosas más que ahora. Antes no podías ni salir a la puerta *pa* barrer. Pero ahora ya estamos de otra manera.»



ANTONIO

«La he incinerado y todos los días hablo con ella, “Ahora voy a preparar comida, Carmen”. Me gusta, y me da compañía.

El luto es como un respeto a un familiar que has perdido rápidamente y a un ser querido que ya no lo encuentras, que ya no lo ves... Que se ha ido para siempre. Ese luto es el dolor que tienes por ese ser que se fue. Esa es la cosa, el luto. Yo *ya* me parece que no me lo quito.

Parece que el luto es de la mujer. Algunos a lo mejor piensan así. Pero si se te va tu señora y tú te pones el luto es igual, a la inversa.»





LA PENA NEGRA

Se acabó de imprimir
en el mes de febrero de 2019
en los talleres de Omán
Impresores en Madrid.

-



Agencia Andaluza de Instituciones Culturales
CONSEJERÍA DE CULTURA Y PATRIMONIO HISTÓRICO



INICIARTE